





ANOMINE



Ana Carreño

ANOMINE



Primera edición: octubre de 2018

© Comunicación y Publicaciones Caudal, S.L.

© Ana Carreño

ISBN: 978-84-17548-30-8

ISBN digital: 978-84-17548-31-5

Depósito legal: M-28148-2018

Editorial Adarve

C/ Marcenado 14

28002 Madrid

[editorial@editorial-adarve.com](mailto:editorial@editorial-adarve.com)

[www.editorial-adarve.com](http://www.editorial-adarve.com)

Impreso en España

*A mis padres, por estar en todas y cada una de las palabras  
que he escrito, por vuestro apoyo incondicional, siempre.*

*A mi marido y mis hijos, por vuestra paciencia  
y porque sois la luz de mi vida, y siempre lo seréis.*

*Y a todas y cada una de las personas importantes  
en mi vida, que están reflejadas en este libro.*

*Os quiero.*





«Hoy cumples tres años, e inicio esta carta sabiendo que no la leerás en mucho, mucho tiempo, tal vez nunca; y sabiendo también que el momento que descubras los secretos que aquí escondo marcará un antes y un después en tu vida, pero sobre todo en la mía...».

Así comienza la historia de Amaya, una historia de amor y de odios, de culpas y perdón que nos dejará con un final inesperado.



## CAPÍTULO 1:

### INOCENCIA

Hoy cumples tres años, e inicio esta carta sabiendo que no la leerás en mucho, mucho tiempo, tal vez nunca; y sabiendo también que en el momento que descubras los secretos que aquí escondo marcarás un antes y un después en tu vida, pero sobre todo en la mía... ¡Ay, cariño! ¡Es todo tan complicado! Y yo... Yo no sé ni por dónde empezar... Tendrás que perdonar a esta pobre anciana por remontarte a sus inicios, porque, aunque esta historia es para ti, es, ante todo, su historia, y necesito de todo corazón que entiendas tantos porqués. Tengo tanto miedo de que cuando sepas toda la verdad, toda mi verdad, simplemente desaparezcas... Déjame entretenerme en los detalles, destejer para ti todos los secretos que cubren mi vida y permítame así que alargue el final hasta el final.

Así, pues, tu historia empieza conmigo para acabar en ti. Recorre sesenta años, y aunque hay veces que incluso yo, o sobre todo yo, pierdo de vista la realidad, sigue estando allí, siempre está allí, siempre...

Si he de escoger una palabra desde la que empezar, es inocencia. Partiremos de la inocencia de tres niños que juegan, pelean y crecen juntos, con toda la vida por delante y aún nada esbozado ni escrito. Corría el año 1959 y yo tenía ocho años, era la segunda de cuatro hermanos. Mi padre era guardia civil, vivíamos en una casa cuartel a las afueras de un pequeño pueblo de pescadores en Málaga, cerca de Cabo de Gata. Era una buena vida, vivíamos casi

en medio de la nada, pero cerca del mar... Siempre me gustó vivir cerca del mar, escuchar las olas rompiendo contra las rocas mientras duermes, y los chillidos de las gaviotas al despertar... Hubo un tiempo en que lo eché terriblemente de menos: los sonidos, el olor del salitre... En fin, no nos adelantemos a la historia... Como decía, yo era la segunda de cuatro hermanos: Rosa, Amaya, Miguel y Sofía.

Es curioso cómo hay recuerdos muy nítidos de la infancia, recuerdos perfectos que en realidad se fijan en el vacío, pues no puedes decir qué estabas haciendo antes ni qué pasó después; solo esos pocos momentos que se te quedan en la memoria como si fuera una película. Yo recuerdo así aquel día. Estábamos Rosa y yo bajando el camino hacia la playa; Miguel tuvo que quedarse en casa porque estaba enfermo y Sofía era prácticamente un bebé. Era el primer día que hacía el suficiente calor como para chapotear en la orilla... Bueno, supongo que en realidad no hacía demasiado calor, pero creo firmemente que los niños miden la temperatura, así como el tiempo y el espacio, de manera diferente a los adultos.

Pues bien, íbamos bajando por el camino cuando, sin saber de dónde, aparecieron ellos.

—¡Fuera, fuera de aquí! —exclamó el más chico de esos dos pequeños monstruitos—. ¡Las niñas no pueden ir a la playa! La playa es para los guerreros, no para niñas estúpidas.

Cierro los ojos y los veo: Simón y Gabriel. Ambos fueron, cada uno en su justa medida, las dos personas que cambiaron el rumbo de mi vida. Ese momento, justo aquel día. Pequeños momentos transcendentales que pasan cuando no los esperas.

Simón era alto para su edad, con la piel cetrina, con ese moreno natural que no depende del sol, llevaba el aire de mar pegado en los huesos, el salitre impregnaba su alma.

Gabriel, en cambio, era más bajito, con el pelo rubio desvaído, tirando a castaño. Él era más serio, más contenido. Conocerle, juzgar sus sentimientos siempre fue más complicado. Pero ambos tenían los mismos ojos, oscuros, negros penetrantes.

—Gabriel Gómez, ¡no se dice estúpido! ¡Además, yo no te he insultado! —dijo Rosa con toda la autoridad de sus estirados nueve años.

—Estúpida, estúpida, estúpida, eres tonta y el culo te huele a caca de vaca —cantó Gabi con toda la mala idea de sus siete.

En ese mismo momento, sentí cómo una rabia roja me inundaba por dentro, rápida y sencilla. Cuando abrí la boca, las palabras ya estaban allí.

—Cállate Gabrielito. Además, a ti te huele la cara a caca de mono y eres feo y bobo —dije yo al ver que mi hermana se echaba a llorar. Puede que fuera una estirada, pero solo Miguel y yo teníamos derecho a hacerla llorar—. Y tú, Simón, no te rías que eres más tonto que un mulo. Todo el mundo lo dice: Simoncito y Gabrielito Gómez son tan tontos que un día salieron a pescar y los peces hicieron que ellos se comieran los gusanos.

—Serás cerda...

—¡Corre Amaya, corre! —dijo mi hermana a la que tiraba de mi manga y echaba a correr. Ellos eran, sin duda, más fuertes, pero nosotras éramos más rápidas. Corrimos como si se nos fuera a escapar el alma por la boca de vuelta al cuartel.

—Sí, eso... Amaya, corre, gallinita. Ya te pillaré, ya...

—¿Tú y cuántos más, Simón? —supongo que siempre fui demasiado bocazas para mi propio bien...

—Mañana en la clase no te vas a poder escapar.

En aquella época se llevaba que las escuelas se separasen a los niños de las niñas, pero la nuestra era demasiado pequeña para eso. En realidad, era demasiado pequeña incluso para dividirnos por edades. Entre los tres pueblos cercanos y el cuartel apenas éramos cincuenta niños y estábamos divididos en tres aulas: la primera hasta los seis, la segunda de seis a nueve y la tercera de nueve a catorce.

—Como te atrevas a tocarme un solo pelo de la cabeza mi padre te dará tal patada en el culo que te estará doliendo hasta el día de Navidad —yo sabía que no le diría nada a mi padre ni por todo el oro del mundo, pero ellos no.

Aquel día iniciamos nuestra propia y particular guerra de guerrillas, que duró al menos cuatro años. En el fondo fue divertido... ¡Qué demonios! ¡Fue condenadamente divertido!

Recuerdo la vez en que Miguel y yo les pusimos engrudo en los asientos, los pantalones se les acartonaron y andaban como pingüinos apopléjicos, o cuando escondieron cabezas de pescado podrido en nuestras mochilas... A mi madre casi le da un ataque, y yo pasé dos cursos con unos libros que olían fatal. Rosa hizo todo lo posible por desvincularse de nosotros, pero no siempre lo consiguió, como aquella vez que llegamos con toda la ropa y el pelo azul porque nos tiraron un cubo de agua con tinte para la ropa... Tardamos una semana en que el pelo volviese a ser de un color uniforme; ¿la ropa? Irrecuperable... Me vengué poniéndoles culebras en las cajoneras. A Gabi le asustó tanto que se cayó de culo; imagínate la que se armó... Media docena de culebras por el suelo, niños chillando, la maestra subida encima del pupitre... Sí, fue una época sin duda divertida; yo era un terremoto: si había algún alboroto en tres kilómetros a la redonda se podía contar con que yo estaría metida hasta el cuello en él y arrastrando a mi hermano Miguel de paso. Todavía me pregunto cómo sobrevivió mi madre sin matarnos a todos en el proceso.

Pero un día, de repente, todo cambió.

## CAPÍTULO 2:

### PRIMER AMOR

Es curioso cómo de pronto, sin que haya pasado nada que pueda explicar el cambio de dinámica, la forma en la que chicos y chicas se relacionan cambia. Tiene que ver con el surgimiento de las tetas. En serio, cariño, ya lo verás. Un día puedes jugar a las canicas, a las tabas o incluso te tiran barro con gusanos al pelo... Pero cuando salen las tetas, puf, se acabó: te conviertes para ellos en un extraterrestre. Ya no saben cómo tratarte... Yo creo que ni siquiera se habla el mismo idioma. De hecho, algunos tardan toda la vida en entender de nuevo una forma básica de comunicación inter-sexos. No debería ser tan difícil, no hace tanto que jugábamos todos juntos, pero lo es.

Como te iba diciendo, no puedo señalar el momento exacto en que todo cambió, pero cambió. Yo ya no jugaba con Miguel, prefería sentarme a hablar con Rosa y las chicas o a leer un libro, y ellos ya no nos hacían perrerías, sino que nos miraba de lejos cuando creían que no mirábamos, salvo que las chicas siempre miran... En lo referente a los chicos, el grupo era una piña: siempre había alguien que se enteraba de quién miraba a quién, o si fulanito preguntaba a menganito por alguna... Bueno, supongo que hay cosas que nunca cambian, ni cambiarán.

Yo tenía doce años, Gabriel y Simón, trece y catorce respectivamente. Simón había dejado el colegio y trabajaba con su padre como pescador. Gabi siempre fue mucho mejor estudiante: él

quería ser abogado, iba a estudiar bachiller en la capital el otoño siguiente, iba a vivir allí con un tío o un primo de su padre, no lo recuerdo bien. Rosa había decidido que quería ser maestra, y si bien yo era mucho más indisciplinada, a mí también me gustaba la idea de la enseñanza.

Teníamos un gran plan, estaba todo pensado: estudiaríamos el bachiller en Cabo, había un autobús que salía a las seis y media de la mañana del pueblo con lo que estaríamos a las siete y media u ocho menos cuarto en la ciudad; llegaríamos de sobra a las nueve a la laboral. Luego estudiaríamos magisterio en Málaga o Almería, encontraríamos un trabajo por las tardes y viviríamos juntas en una pensión. Rosa sí se atuvo al plan; a mí la vida me llevó por otro camino: como ya he dicho, siempre fui más indisciplinada...

No recuerdo muy bien el momento en que la extraña amistad—enemistad que nos unía se convirtió en otra cosa... No puedo señalar un momento de epifanía en el que me diera cuenta de que me gustaba, y después de hablarlo mil veces con él en los años que siguieron, tampoco pudo decirme en qué momento fue consciente de que ya no quería darme un mamporro, sino besarme sin parar. Pero sí que recuerdo como si fuera ayer el momento en que los pensamientos y deseos se convirtieron en hechos...

## Él

«Ella se acerca. Mírala, es preciosa... ¿Cómo puede una cosa tan pequeña ser tan bonita y tan fuerte? Porque es fuerte, maldita sea, es jodidamente fuerte, tanto por dentro como por fuera; cuando tratas con ella hay que tener cuidado de dos cosas y nunca perderlas de vista, que no te funda los sesos con uno de sus trucos y que no te cocee las pelotas al menor descuido. ¡Dios, qué bonita es!».

—Hola gallinita, ¿qué haces por aquí tan sola?

—Mmmmh. Simón Gómez... ¿Qué pasa? ¿No puedo pasear por la playa? ¿Sigue siendo zona exclusiva de guerreros?



«¡Madre mía! ¿Cómo me puede poner tanto el cómo dice mi nombre? ¿Qué dice de guerreros?»

—¿Qué guerreros?

—No puedo creer que no te acuerdes de aquel día... Fue el inicio de nuestra guerra, al fin y al cabo.

—¿En serio? Refréscame la memoria...

—Yo iba con Rosa y tú con Gabriel, nos cruzamos de camino a la playa y dijisteis que no podíamos pasar porque era territorio de guerreros.

«¡Mira cómo la brisa acaricia su pelo! Me muero por tocarla, por meter esos mechones rebeldes por detrás de las orejas y besarla, besarla sin parar... ¿Cómo serán de suaves sus labios?»

—¡Ah sí! ¡Ya me acuerdo! ¡Fue cuando dijiste que me olía la cara a culo de mono y que era más tonto que los peces!

—Yo nunca he dicho algo tan soez.

«A mí me encantaría oírte decir cosas soeces...».

—¡Venga ya! ¡No me hagas reír! ¡Que nunca ha dicho algo tan soez...! Y eso lo dice la chica de los gusanos en el pupitre...

—creo que eso fue cosa de Miguel.

«Mientras hablamos hemos empezado a caminar por la playa... ¿Se volverá loca si le cojo la mano? ¡Dios, me muero por tocarla! Y sus labios, parecen tan suaves... ¿Por qué no puedo dejar de pensar en sus labios?»

—Estarás de acuerdo conmigo.

«¿Qué?».

—Mmmh... Claro.

—No me estabas escuchando.

—¡Pues claro que te estaba escuchando!

«Ni una sola palabra».

—Sí, claro, entonces estás de acuerdo conmigo, ¿no?

—Absolutamente.

—¡Guau! Me alegro de que seas tan abierto de mente como para pensar en la libertad de expresión, el sufragio y en las posibilidades que tendría la democracia...

—Eeeeeehhhhh... Valeeeeeee... Igual no te estaba escuchando...

—Si ya me había dado cuenta... ¿En qué estabas pensando?

«En que me encantaría besarte, morderte la boca, recorrer te el cuerpo entero con las manos, inundarme de ti...».

—En qué estás muy guapa esta tarde.

—Ya... Claro... Seguro, Simón... Esa es una buena salida. ¿Pero qué tal si me dices la verdad?

—Te juro que solo estaba pensando eso.

«Si te digo que solo sueño con besarte, y lamerte, y estar cada minuto de cada día contigo... Te escapas y no vuelvo a verte, despacio Simón, despacio».

—Bueno vale, ¿y qué haces hoy por la playa?

—Estaba dando un paseo, mirando cómo está la marea. Esta noche salimos a faenar padre y yo sobre las once... ¡Espera! ¡Cuidado con la piedra! ¡Te tengo!

«Te tengo cogida la mano, no te la voy a soltar, no te la voy a soltar, por favor no me pidas que te suelte...».

—Gracias... Casi me caigo... Así que, ¿hoy salís? ¿Sabes? Hace un par de días vi a Gabi por Cabo, se junta con un montón de chicos y ya ni saluda.

—Sí, últimamente «Don Importante» está un poco cascarrias... Mucho que estudiar, ya sabes... Y a ti y a Rosa, ¿cómo os va?

—Bien, bueno, si te soy sincera, a Rosa le va mejor que a mí... ella es más persistente. Mira, de hecho, ella está ahora estudiando y yo aquí de cháchara contigo, pero es que a veces lo echo tanto de menos que me asfixio.

—¿El qué echas de menos, princesa?

«A mí, dime que a mí...».

—La libertad, el agua, el mar, el aire libre, el revolcarme como una niña por la arena y llorar de risa, el correr, el gritar... Es una tontería.

«Paramos, le cojo la otra mano y la miro despacio a los ojos, sin prisa, bebiendo su imagen a sorbos sedientos...»

—No es ninguna tontería, a veces yo también lo echo de menos, echo mucho de menos tus travesuras.

«Le digo suavemente mientras le acarició con las puntas de los dedos la mejilla, que poco a poco empieza a ponerse rosa. ¡Dios, qué bonita es!».

—¿Travesuras? Yo no hacía travesuras...

«Se está enfadando... ¿Cómo puede estar incluso más bonita? No puedo evitar tomarle el pelo».

—¡Si que las hacías! Eras una niña muy díscola.

—¿Díscola yo? ¡Estoy segura de que ni siquiera sabes qué significa esa palabra!

—Sé lo que significaba para mí, significaba que a veces eras un dolor en el culo, pero que aun así no podía dejar de mirarte, tan intrigante, sin saber por dónde ibas a salir, inundabas mis sueños de aventuras, aún los inundas.

—Creo, creo que se está haciendo tarde. Creo que debería volver a casa...

«Ahora se está poniendo nerviosa, tranquila princesa, no hay prisa, pienso verte de todas las maneras posibles, contenta, nerviosa, enfadada, apasionada...».

—Claro, te acompañó.

«Eres mía princesa, todavía no lo sabes, pero eres mía»



## CAPÍTULO 3:

### ROMANCE

Madre mía cariño, voy escribiéndote esta carta y me voy dando cuenta de cuánto cuesta a veces echar la vista atrás, desentrañar todas las telarañas que el pasado tejió y poner momentos crudos, dulces, amargos, suaves y ariscos de mi pasado por escrito; y sé que en el futuro los leerás, y trato de imaginar tu cara, tus pensamientos, tus reacciones y espero que no pienses mal de tu abuela. No puedo llegar a imaginar si he conseguido que veas más allá de mi imagen, si me has visto como persona, con mis sentimientos, con mis equivocaciones y mis aciertos... Pero por mucho que me cueste echar la vista atrás, más me cuesta echar la vista hacia delante, te veo aquí, a mi lado, jugando a dar de comer a tu muñeca desarrapada, y me cuesta imaginar tu reacción cuando leas la última palabra de esta larga carta que me aterra, así que permíteme ir despacito, perdóname que me relaje en los detalles, y si hay cosas que en realidad preferirías no saber... Léelos rápido, o imagina que no te las cuenta tu abuela, sino una completa desconocida que teje una historia de luces y sombras para ti.

Pero hoy vengo a contarte uno de los momentos más dulces que recuerdo: mi historia de amor con tu abuelo.

Empezó de a poquitos. De puestas de sol y besos robados... Sé que hoy en día todo va más rápido, pero en aquel entonces había mucho tiempo solo de miradas, de conversaciones y de pequeños besos a escondidas. Yo tenía diecisiete años la tarde de mi primer

beso y me creía tan mayor... Hoy me doy cuenta de que, si me comparó con las chicas de diecisiete años de ahora, sí que es cierto que los tiempos han cambiado. Ni para mejor ni para peor, solo cambiado. Supongo que la inocencia de mis diecisiete nada tiene que ver con la de ahora, pero las responsabilidades tampoco. En fin, que me despisto...

Como te iba diciendo, yo tenía diecisiete años y vivía con Rosa en una pensión en Alicante. Rosa había iniciado ese curso la universidad, magisterio por filología francesa ni más ni menos. A mí me quedaba el curso de preu y la reválida para iniciar la universidad. Pero, si te soy sincera, todos mis pensamientos y metas estaban dispersos. Se me iba la atención pensando en la última tarde que había pasado con Simón, o pensando en lo que haríamos la próxima vez que nos viéramos. Recuerdo un día un poco después, que mientras estaba en clase...

—Pssst, Amaya, Amaya...

—¿Qué?

—¿No es ese tu novio, el que está en la calle?

—¿Simón? No creo...

—¡Señorita Sánchez! ¡Señorita Martínez! Estamos aquí para escuchar, no para cotorrear... Si no van a seguir la clase, pueden levantarse y esperar fuera.

—¡Lo lamento, señor, no volverá a ocurrir!

—¡Disculpe, señor!

El caso es que sí que parece Simón... ¿Qué hará aquí? ¿Tendrá el día libre? Es viernes, me encantaría ir al cine... Podría decirle a Rosa que le diga a mamá que estoy un poco resfriada y quedarme aquí el fin de semana, así podríamos ir a tomar un chocolate, o a dar una vuelta... ¿Pero que hace aquí? ¿Habrá pasado algo? No, no, si hubiera pasado algo malo habría pedido permiso para buscarme, no estaría esperando en la puerta. ¿Habrá pasado algo bueno? ¿Y si fuera algo bueno, que podría ser? Mmmmh... Quizás... No sé, igual tiene preparada una sorpresa... ¿Qué podrá ser...? ¿Cuándo acabará esta dichosa clase?

—Señorita Sánchez, salga usted a la pizarra y analice sintácticamente la frase: «En este momento estoy demasiado distraída como para prestar la debida atención a una actividad que con toda probabilidad entrará en el próximo examen». Proceda, por favor, señorita Sánchez...

Creo que no he pasado un bochorno tan grande en mi vida... Puedes imaginar la carcajada general que desencadenó ese ejercicio. Hoy, visto con perspectiva, he de reconocer que fue una llamada de atención muy creativa, y condenadamente difícil, si no recuerdo mal. No se me ha olvidado jamás la frasecita, la verdad.

Por fin acabó la clase. Salí corriendo con mis libros a cuestas.

—¡Simón! ¿Qué haces aquí?

—Hola, princesa.

—¿Qué haces aquí, Simón? Pensaba ir a casa este fin de semana.

—Tengo una sorpresa... Invéntate algo y quedémonos aquí este fin de semana, no tengo que faenar.

—¡Pero si es viernes! ¿Cómo es que no vas a salir hoy?

—Esa es parte de mi sorpresa. Dios, tengo tantas, tantas ganas de mostrártelo... Vamos, date prisa —le cojo la mano. ¿Cómo es posible que después de tres años siga estremeciéndome solo cogerle la mano?

—Vamos, vamos corre.

—¡Simón! ¿Estás loco? ¿Dónde vamos? ¿A qué tanta prisa?

—¡Corre, no preguntes!

—¡SIMÓN!

Me llevó a la carrera por lo menos durante quince minutos, mi corazón iba a cien mil por hora, pensé que se me iba a salir por la boca en cualquier momento. Justo cuando iba a abrir la boca para protestar, o simplemente para avisar de que dos pasos más y me desmayaba, paró.

—Ahora cierra los ojos.

—¿Qué? —dije como pude en medio de mi sofoco. Definitivamente estaba en mala forma física...

—Sssschhh. Hazme caso, cierra los ojos, deja que te guíe, ven. Por aquí, cuidado con el escalón, tres pasos más y llegamos... Ya puedes abrir los ojos.

Al abrir los ojos, el sol me deslumbró, miré hacia los lados sin comprender por qué estábamos parados en medio de la calle, una calle pequeña, sin nada memorable, enfrente de una casa baja, con un pequeño camino de entrada, un poco destartalada, como vacía de voces y ruidos, con ese aspecto que tienen las cosas cuando has dejado de usarlas durante mucho tiempo.

—¿Dónde estamos?

—Si te gusta, en nuestra casa.

—¿Casa? ¿Nuestra casa? ¿Cómo nuestra casa...? —de pronto, empecé a comprender, miré la casa como si fuese algo completamente ajeno a mi experiencia previa.

—Vamos a ver si soy capaz de hacer las cosas bien... Amaya, cariño; te quiero, llevamos tres años juntos y cada día te quiero más... Sé que tienes un millón de proyectos, y créeme que no quiero truncarlos... Nada más lejos de mi intención. Quiero formar parte de ellos, quiero construir contigo una vida que realmente valga la pena, quiero formar parte de tus desvelos, apoyarte en tus pequeños baches y celebrar contigo cada uno de los triunfos que nos esperan. Amaya, mi princesa, mi guerrera, mi chica increíble... ¿Te casas conmigo? —allí, parado, tan guapo, tan torpe, tan increíblemente tierno...

—¡Oh Dios mío! ¡Sí! ¡Sí, sí, sí y mil veces sí! Me caso contigo. Te quiero. Te quiero...

Madre mía cariño, que agridulce es a veces echar la vista atrás... Escribo todos estos recuerdos y soy capaz casi de verlo ahora mismo, su mano en mi cintura, sus labios sobre los míos, nuestras respiraciones mezcladas, y los sentimientos... Los sentimientos... Si cuando lees esta carta te has enamorado alguna vez, sabrás de lo que hablo: esa sensación de vértigo cuando sus manos acarician suavemente tu piel, cuando sus ojos se enganchan en los tuyos y eres capaz de imaginar en un segundo toda una vida, y no hay dudas, las dudas ni siquiera se te pasan por la cabeza...



Simón me enseñó la casa despacio, besándome en cada habitación que recorrimos, era una casa pequeña, tres habitaciones un baño y una cocina, pero era nuestra... Íbamos a construir en ella nuestro hogar, nuestra familia.

—Simón, es fantástica, pero... ¿Cómo vamos vivir aquí? Trabajas con tu padre, en el mar, cariño... Es demasiado lejos para estar yendo y viniendo casi todos los días.

—No voy a seguir trabajando con mi padre... Tengo trabajo aquí, en Alicante, en una fábrica. De lunes a viernes, un buen sueldo, más que suficiente para los dos hasta que puedas trabajar de maestra.

—¿En qué fábrica?

—No lo crearás... ¡Voy a trabajar en una fábrica de cerveza! En El Nebli.

—¿En serio? —estaba pletórico, era como si el mundo estuviera hecho solo para nosotros: todo encajaba, todo era perfecto... En ese momento debí sospechar, la vida debería mandarte una advertencia a modo de escalofrío... O quizá no, quizá si lo hiciera dejarías de disfrutar de lo bueno por miedo a lo que pueda venir después...

—Totalmente en serio. ¿Cuándo quieres que nos casemos? ¿La semana que viene? ¿El mes que viene? ¿Mañana?

—¡Oh Dios! ¡Estás loco! ¡Está ocurriendo de verdad! ¡Vamos a casarnos de verdad!

—¡Oh sí! ¡Totalmente de verdad! ¡Vas a ser mía y ahora sí que no te me escapas! ¡Vas a casarte conmigo! ¡Vas a ser mi compañera y a tener mis bebés!

—¿Bebés? ¿En plural?

—Oh sí, princesa... En plural, dado que no voy a quitarte las manos de encima en los próximos diez años... Calculo que tendremos cuatro o cinco antes de cumplir los treinta...

—¡Cuatro o cinco! ¡Tú estás loco!

—Bueeeeno, puede que me conforme con tres. Pero solo si al menos uno es niña. Si no, no pienso parar hasta tener una.

—Definitivamente loco...

—Con que loco, ¿eh? Ya puedes correr princesa, porque como te pille...

—¿Qué me vas a hacer, muchachote?

—Te haré cosquillas hasta que pidas clemencia.

—No te atreverás...

—¿Qué no? ¡Corre!

Supongo que lo que pasó después fue inevitable, y si tengo que ser sincera, fue mucho más culpa mía que de Simón... Las bromas, las risas, la pasión... Hubo un momento en el que realmente intentó parar, pero por nada de este mundo le habría dejado. Sé que ese día cambió mi vida de muchas maneras, y que si miro hacia atrás, hay muchas cosas que cambiaría, pero no ese día, definitivamente, no ese día.